

En la Búsqueda del Amor Perdido

CARLOS MORALES

Hay algo que nos están arrebatando, que nos están corrompiendo, que nos están ensuciando en un proceso lento que todos sentimos pero que no podemos precisar. Percibimos el desgarramiento, el ritual de incomunicación y de superficialidad que nos incita a trocar nuestras almendras de oro por la baratija reluciente, pero no estamos en capacidad de defendernos.

Los nuevos valores de una moral en crisis, que se quiere imponer por la propia fuerza de su intransigencia, van arrollando los auténticos rostros de nuestra identidad cultural. El mundo nuevo, creado sobre una estrategia de comunicación que resulta ser en el fondo un distorsivo semántico para la incomunicación, nos va separando de nosotros mismos, nos va alejando de lo que tiene raíces más profundas y nos lanza al vacío de la relación colateral: nos condena al triste papel de partículas atómicas que de vez en cuando se rozan en el infinito girar, sin poder concretar el encuentro, sin verdadera integración secular.

La comunicación entre los hombres ha sido confinada a lo epidémico, a la frase manida, al intercambio efímero; por eso, apenas conocemos de los otros algún segmento exterior —indeterminable y frágil— que a la hora de la verdad resulta inútil, para los efectos de una convivencia efectiva.

La sociedad costarricense se va moviendo cada vez más dentro de esos marcos, lo mismo que se movió el urbanismo uruguayo de 15 años atrás. Por eso, nada más oportuno —para reflexionar sobre esta sintomatolo-

gía—, que las atmósferas recuperadas por Mario Benedetti sobre dos de los valores que nos están robando: el amor y las relaciones de la pareja.

Ambos temas son una constante en la obra del poeta uruguayo y están tratados con toda la amargura que le tocó vivir en la paulatina pérdida institucional de su patria. Y no por ser recurrentes en su bibliografía, y sempiternos en la literatura, dejan de ser vigentes y esclarecedores en nuestro medio y en nuestro tiempo.

Para Benedetti la vida es una búsqueda del amor en su sentir más amplio, y de allí que la temática amorosa es parte de su instrumental literario para explicar y para explicarse la vida. En el amor nos concretamos los hombres, nos integramos, que es una de las pocas maneras de totalizarnos, de abrazar, aunque sea en pedazos, ese objetivo lejano de lo absoluto. El amor es una ecuación perfecta de comunidad, de entrega mutua y de realización evangélica en nuestra ansia natural de reciprocidad.

Sin embargo, cuando una sociedad entra en crisis y su moral empieza a ser sustituida por elementos extraños que reivindican otro tipo de realizaciones y conquistas, entonces ese ideal del hombre se topa con innumerables contradicciones. El conjunto social choca de repente con los advenedizos obstáculos y es cuando empieza a sentir que algo se le derrumba, que algo le están usurpando; aunque no tenga conciencia clara de lo que se trata. Y aquí es donde Benedetti pone a jugar un papel de privilegio a sus parejas. El hombre y la mujer, en su relación

cotidiana al rescate del amor, enfrentados a los laberintos políticos, económicos, militares, psicológicos, burocráticos, sexuales, etcétera, que les niegan la posibilidad de Ser ellos. De ser el uno para el otro.

Funciona en este caso la pareja, como un símbolo —literariamente más manejable— de la sociedad entera que se divorcia, que se incomunica, que se diluye, que se desgasta y que se corrompe. En "*Cinco años de vida*" la pareja se está rompiendo; en "*El hotelito de la calle Blomet*" el exilio y la tortura lo destruyeron casi todo; en "*La noche de los feos*" está visible el drama de la marginación, de la discriminación; en "*Mis Amnesia*" el engaño abre los caminos del olvido, que es como condenar al suicidio y, finalmente, en "*Los pocillos*", la realidad induce a la pareja a una solución enfermiza para traicionar y compartir la infidelidad.

Los hilos se están rompiendo, las texturas se están quebrando, las nuevas referencias sociales llevan a una interacción desesperada, artificiosa, sin la miel del amor, que es como decir sin el almíbar de lo auténtico, sin el integrador del cuerpo social.

Todo eso y más está en los cuentos de Benedetti, pero vale la pena priorizar la forma cómo está representado en sus tramas.

El autor de "*Gracias por el fuego*" ha escogido en estos casos un microcosmos bien determinado: circunscrito a la relación hombre y mujer. Desde ese nivel —aparentemente simplista— el poeta uruguayo nos quiere

HISTORIAS DE ENCUENTRO Y DESENCUENTRO

Teatralización de la obra de
Mario Benedetti

Teatro La Trama. Dirección: Fernando Vinocour



llevar hasta las cumbres borrascosas de nuestra angustia existencial, de nuestro dolor más íntimo. Es decir, nos quiere ofrecer un retrato universal del hombre, una reproducción —solo supuestamente en miniatura— del macrocosmos vital que implica la dualidad Alma-Cuerpo. Y lo maravilloso es que lo consigue. Lo logra a través de la conversación ingenua, de la frase clisé, de la sensación corriente. Ese milagro —porque es un milagro— está sustentado artísticamente en la concepción de una atmósfera de melancolía y abatimiento que no puede menos que evocar al gran maestro de esta técnica: Anton Chejov.

Mario Benedetti es el Chejov de nuestra moral en decadencia, de nuestra América desgarrada, de nuestros pequeños detalles desoladores y subdesarrollados, cada día más alejados del absoluto y cada día más distanciados del Amor.

¡Quién iba a pensar que el amor resultara tan comprometido, tan politizado! Será por eso que el propio Benedetti ha dicho que la política es —como la vida— un acto de amor.

Este artículo fue escrito con motivo del espectáculo "Historias de Encuentro y Desencuentro", teatralización de cuentos y poemas del escritor uruguayo Mario Benedetti, realizada por Fernando Vinocour y Melvin Méndez quien adaptó uno de los cuentos. Este montaje, es una producción del Teatro La Trama y contó con el auspicio de la Vicerrectoría de Acción Social y de la Escuela de Artes Dramáticas de la Universidad de Costa Rica.
